

## Europa y América. Imágenes cruzadas

*José Manuel Pérez-Prendes Muñoz-Arraco*

No cabe ninguna duda acerca del papel decisivo que las visiones, imágenes y tradiciones europeas han impreso en la percepción de América y de lo americano desde el siglo XV hasta hoy. Si ya la literatura del ciclo artúrico había dejado su huella en el camino atlántico, llamando Lanzarote a una de las islas Canarias, una novela de 1510 del ciclo de Amadís de Gaula, *Las Sergas de Esplandián*, que conmemora los hechos del hijo de Amadís y Oriana, daría el nombre de California a una de sus imaginadas tierras con la fortuna posterior que todos conocemos, del mismo modo que Patagonia es la tierra de los monstruos descritos en otro libro de caballerías, *Primal León*, publicado en 1512.

Sobre todo ese tejido de imágenes trasladadas han dado su opinión muy ilustres personajes. Reseñemos los esfuerzos, un tanto desorganizados pero no por ello olvidables, del milanés Antonello Gerbi en dos libros separados por veinte años en los que se enfrentó con los efectos de esa transposición. Apareció el primero en 1955, *La disputa de Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1575-1900*; después, ya casi al borde de su muerte, en 1975, continuaría con *La Naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo*. Trataba este autor de combatir la tesis de la debilidad o inmadurez del continente americano en sus cosas y en sus personas, cualidad que, si solo se apuntaba en el diario colombino, tomaba una pretendida seriedad científica en la obra de Gonzalo Fernández de Oviedo, y sería multiproyectada por la Ilustración y la filosofía hegeliana. Juan Gil Fernández en tres documentadísimos volúmenes trazó en 1989 un *corpus* general de los mitos y utopías del descubrimiento ordenadas en tres grandes grupos: primero, los pertenecientes a Colón y su tiempo; segundo, los relativos a El Dorado; y tercero, los referentes al Océano Pacífico. No se trataba ya, como en el caso de Gerbi, de señalar los errores de una interpretación que venía soportada en la pretendida superioridad europea, sino de desplegar la amplísima tela de ensoñaciones que vivieron los protagonistas del «encuentro» para hacer compatible lo que sus tradiciones les hacían esperar de las nuevas gentes y tierras con aquello otro que sus sentidos percibían, los contactos reales de la experiencia recién concretada. Vieron América como nunca habían visto nada.

Y fue así porque hollaron la virginidad americana bajo las pautas de esa mitología. América les permitió lo que les habían negado África y Asia. Para Germán Arciniegas, si de descubrimientos se trata, el de Asia fue el primero. Más bien el segundo, diría yo, pues África fue percibida por los europeos antes que Asia, pero en todo caso coincido con él en que no tuvo para Europa consecuencias humanas que puedan compararse con las del descubrimiento de América. Dos italianos que figuran separados por doscientos años, uno de Venecia y otro de Génova, son los protagonistas de estas dos aventuras, como el griego Hecateo de Mileto lo había sido para la orilla africana. Se trata de Marco Polo y Cristóbal Colón. Es muy cierto que los dos buscaron el fabuloso Oriente. Si el conocimiento que por *Il Millione* se tuvo en Europa de Asia alentó impulsos comerciales haciéndolos grandes e importantes, jamás hubo el propósito de conquistar ese continente para incorporarlo a Europa, aunque sí se pensó en hacerlo cristiano. Se entendió que tenía un imperio respetable y una religión semifalsa. La conciencia de la fortaleza política disminuyó el esfuerzo predicador a pequeños grupos de misioneros y cristianos, cuidando que no estuviesen especialmente vinculados con el mundo eclesiástico, aunque fuesen cristianos evidentes. Sólo se logró fijar algún centro de tráfico con cónsules o agentes mercantiles que atendían a las vidas e intereses de los mercaderes. El clavo, la pimienta, la nuez moscada, la canela, pasaron, recuerda Carson I.A. Richtie, a ser ingredientes esenciales para las dietas europeas, pero con razón dice Arciniegas que no se imaginó nunca una emigración que fuese a esparcirse por tierras de China, India o Japón. La movilización de personas y cosas hacia América es una historia nueva para Europa y para España.

Lo fue para Europa en cuanto constituyó la segunda aventura multitudinaria (no la única) que conoció desde el éxodo de las tribus germánicas transfusionadas al Imperio romano. ¿Cuántos fueron? Arciniegas dice que doscientos millones han cruzado el Atlántico en cinco siglos para buscar hogar en la otra orilla del océano y que eso basta para señalar semejante éxodo como único en los anales del mundo y es esencial para entender los cambios más profundos ocurridos en la cultura de lo que se llamó Occidente. Importa decir que coincido con él en el volumen y el significado. Discrepo en la prioridad pero eso interesa ahora menos. Es cierto que hay que ver así el cambio para fijar el alcance que tuvo el viaje de las tres carabelas. No descubrió Asia Marco Polo, pero sí se descubrió América por Colón y sus continuadores. Sabido era el Oriente. *Il Millione* confirmó sus riquezas intuitas y un modo de vivir de tártaros o mongoles que reforzaba las imágenes del orden estamental de los *bellatores*. América es la mayor novedad de todos los tiempos vividos hasta 1492. Eso escribió López de

Gómara «la mayor cosa de después de la creación del mundo sacada la encarnación y muerte del que lo crió».

Nueva historia también para España. Nacería un proceso ininterrumpido y multiforme durante los más de cuatrocientos años que hace ahora desde López de Gómara. Durante el primer siglo los emigrantes que salían de España o Portugal no iban significativamente a otras partes del Imperio de ambas naciones. Por ese querer ir a América y no a Flandes o a Italia o a los campos argelinos incididos por Cisneros, América casi envejecía ya, cuando en 1607 John Smith y su hueste se aventuran a fundar James Town, el primer establecimiento inglés en el Nuevo Mundo y luego se asientan los peregrinos del *Mayflower* en Cabo Cod (1620). La América española vivía ya la plenitud de dos grandes virreinos; de ciudades como Santo Domingo, México, Guatemala, Santa Marta, Cartagena, Quito, Lima, Buenos Aires, Bogotá, Santiago, Caracas; de universidades como Santo Domingo, México, Lima, Bogotá, Guatemala, La Habana; de misiones con el mosaico de las órdenes religiosas. Todo eso puede leerse en el inventario en que se apresura Gil González de Ávila al publicar en 1623 el libro IV de su *Teatro de las Grandezas de la Villa de Madrid*. No cuenta impresas o teatros y tampoco podía atalayar la obra literaria de los nacidos en América, apuntada entonces, para un crecimiento y calidad que no podía imaginar el cronista.

Rafael Anes ha sido el principal vertebrador del estudio de esa inmigración que comenzó en España desde el primer día. Si en la primera expedición de Colón no llegaban a noventa los tripulantes, la mayoría andaluces de Sevilla, Córdoba, Jerez de la Frontera, Palos, junto con dos genoveses, un veneciano y un portugués, ya en el segundo viaje aparecen muchos más de mil hombres, enrolándose italianos de Génova, Venecia o Savona. Mil dociientos europeos en un solo viaje nunca habían pasado al Asia. Si los primeros que murieron en América fueron las gentes del fuerte Navidad, se añadirán a estos españoles un inglés y un irlandés. No es que poco a poco se vaya introduciendo una universalidad no querida para la empresa; es que se quiso hacer universal la participación en las líneas trazadas por la cabeza política española. Todos los reyes europeos procedieron igual. Colón el genovés navega para España; los Caboto de Venecia descubren para el rey de Inglaterra; Verrazano, florentino, lo hace para el rey de Francia, y sobre todo Américo Vesputio, también florentino, destinado con justicia a dar su nombre al nuevo continente. Este cosmógrafo y navegante no sólo actuó al servicio de la monarquía hispánica, sino que sus dos viajes a Brasil los hizo en naves del rey de Portugal. Que Italia, Holanda, Portugal, Inglaterra, Francia acudan a competir con España en los frutos y aportes del des-

cubrimiento señalará un sentido universal en esta decisiva parte de la historia de la humanidad. Los monarcas llamaban a gentes de toda estirpe para que les creasen un monopolio político, pero la diversidad de éstas acabaría por relativizar las fronteras que querían crearse.

Pero estas gentes del Viejo Mundo ¿qué buscaban en el Nuevo para establecerse allí? Mucho nos señalan los nombres de la nueva topografía. No sólo es una *recreación*, como en Nueva España, Nueva Granada, Nueva Andalucía, Nueva Inglaterra, Nueva Francia, Nueva Harlem, Nueva York, Nueva Orleans; sino también una *duplicación*, Toledo, Madrid, Guadalajara, Valladolid; a veces una *magnificación*, Castilla del Oro y otras veces una *aceptación*, México, Darien, Yucatán. No sólo buscaban, como dice Arciniegas «refrescar en el otro hemisferio lo que para ellos allí de donde venían estaba ya marchitándose», sino también querían crear en lo ignoto sus sueños y aceptar las voces de la tradición en que se encarnaban.

Tanto James Colin Davis como Alain Milhou han sabido ver la magnificación (*épanouissement*) de la imaginación utópica de Tomás Moro cuando repite en su obra lo que sugerían los propios descubridores. Esto es, que al otro lado del Atlántico se podía encontrar, como escribe François Pradeau, la libertad y vida comunitaria ideal que Platón retratará en la Atlántida. Allí, en plena naturaleza, sin injusticias ni aberraciones, habituales en las más avanzadas civilizaciones de Occidente, les era posible vivir en paz con ellos mismos. Tal ocurrió con los judíos, que comenzaron a salir de la misma España no sólo como conversos o como tapados ¿qué español podría afirmar con certeza que no es judío? El intérprete llevado por Colón en el primer viaje fue un converso y bien fresca estaba la orden de expulsión en 1492. Si los perseguidos por ella emigraban a Inglaterra, Países Bajos, Portugal o Italia, también lo harían a América quienes sabiéndolo, desconociéndolo o barruntándolo eran, en tal o cual porción, gentes con sangre de cuota hebrea.

Es cierto que la universalidad americana tiene una puerta, el Caribe, que abre y cierra Castilla; recuérdese que el referente hispano nunca se perdió en Puerto Rico. Pero el resto del Caribe se transforma mientras tanto en un desigual archipiélago de idiomas: junto al predominio del español, bolsas en inglés, francés, holandés o papiamentu. Esa diversidad se reduce en el continente todo a la expansión del castellano, portugués, francés e inglés. Sean o no espíritus las lenguas, como quería Unamuno, han concluido su peregrinaje. Los reyes españoles decidieron reconocer una pensión a las familias de ciertos marineros de Colón muertos por los indios. Ahí aparecen un natural de Irlanda y otro inglés. No se menciona a esos hombres en los catálogos disponibles de viajeros ¿cuándo y cómo llegarían? Sea como